

Somos Vicencianos

Una web de formación e información sobre san Vicente de Paúl, santa Luisa de Marillac y la obra vicenciana en el mundo, ayer, hoy y mañana.

13º Domingo de T.O. (reflexión de Rosalino Dizon Reyes)

Por vosotros se hizo pobre (2 Cor 8, 9)



La muerte ya no tiene dominio sobre Cristo. ¿Lo tiene ella todavía sobre nosotros los bautizados en su muerte y su resurrección?

Sin duda, la muerte forma «[parte de la vida cotidiana](#)». No estar bajo el dominio de la muerte no es cuestión, pues, de no morir.

Es cuestión de tener fe en el que dijo a Marta: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá». Y la pregunta que él dirigió a ella: «¿Crees esto?», se nos hace ahora a cada uno de nosotros.

Creer en Jesús es aceptarle como el Mesías, el Hijo de [Dios](#), el Siervo ungido por el Señor con su Espíritu para la misión de proclamar la Buena Noticia del Reino y de pasar haciendo el bien. Es ponernos a su completa disposición y conformar nuestra vida a la suya.

La vida de Jesús giraba alrededor de la predicación del Reino y la sanación de toda clase de enfermedades y dolencias. Todo en su ser y hacer indicaba su compromiso a mejorar la vida y luchar contra todo lo que llevara destrucción a los vivientes.

Jesús anunciaba un reino de la vida más digna y sana, de la justicia, el amor y la paz, de la sencillez y la generosidad. Denunciaba la codicia, la injusticia, la indiferencia, la doblez, la hipocresía. Por hacer esto, acabó condenado a muerte, y así se desveló su amor hasta lo sumo.

Sí, buscaba Jesús para todos una vida mejor. Pero él no amó tanto la vida que se echase atrás, abrumado por el temor a la muerte. Su muerte, que reveló su profunda pobreza, dio paso a la nueva vida. Encomendando su espíritu en las manos del Omnipotente que resucita a muertos, el mismo a quien había gritado: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», Jesús venció la muerte.

Y así vencen la muerte los discípulos que confían en su Maestro. La fe de ellos, aun pequeña y temerosa, mueve montañas, vivifica y sana. Pasan de la muerte a la vida, porque colaboran en anunciar el Evangelio, asisten a los pobres, y aman como Jesús. Quedan asegurados además de la resurrección en el último día, ya que así de modo auténtico comen su carne y beben su sangre.

De verdad, como lo indica san Vicente de Paúl, no podemos asegurarnos mejor la vida eterna «que viviendo y muriendo en el servicio de los pobres, en los brazos de la Providencia y en una renuncia actual a nosotros mismos, para seguir a Jesucristo» (SV.ES III:359).

Señor Jesús, concédenos servirte en los pobres y unirnos a ti y a ellos en tu reino.

Relacionado